

GIL Y CARRASCO, ENRIQUE (1815-1846)

POESÍAS

INDICE:

UNA GOTA DE ROCIO
LA CAIDA DE LAS HOJAS
UN RECUERDO DE LOS TEMPLARIOS
POLONIA
LA VIOLETA
A ESPRONCEDA
LA CAMPANA DE LA ORACIÓN
LA MARIPOSA
A LA MEMORIA DEL CONDE ALANGE
LA NIEBLA
EL SIL
LA PALMA DEL DESIERTO
UN DÍA DE SOLEDAD

UNA GOTA DE ROCIO

Gota de humilde de rocío
Delicada,
Sobre las aguas del río
Columpiada;

La brisa de la mañana
Blandamente,
Como lágrima temprana
Transparente,

Mece tu bello arrebol
Vaporoso
Entre los rayos del sol
Cariñoso.

¿Eres, di, rico diamante
De Golconda,
Que, en cabellera flotante

Dulce y blonda,

Trajo una Sílfide indiana
Por la noche,
Y colgó en hoja liviana
Como un broche?

¿Eres lágrima perdida,
Que mujer
Olvidada y abatida
Vertió ayer?

¿Eres alma de algún niño
Que murió,
Y que el materno cariño
Demandó?

¿O el gemido de expirante
Juventud,
Que traga pura y radiante
El ataúd?

¿Eres tímida plegaria
Que alzó al viento
Una virgen solitaria
En un convento?

¿O de amarga despedida
El triste adiós,
Lazo de un alma partida.
¡Ay!, entre dos?

Quizá tu frágil belleza,
Quizá tus dulces colores
Tus cambiantes y pureza,
Y tu esbelta gentileza,

Tus fantásticos albores,
Son imágenes risueñas
De contento y de ventura;
Son citas de una hermosura,
Son las tintas halagüeñas

De alguna mañana pura.
Que acaso bella te alzaste
Entre el cantar de las aves,

Y magnífica ostentaste

Tu púrpura y oro suaves,
Y con ellos te ensalzaste,

Que acaso en cuna de flores
Viste la lumbre del día,
Y blando soplo de amores
Te llevó una noche umbría

En sus alas de colores.
Y en la rama suspendida
De un almendro floreciente
Oíste trova perdida,
En el perfumado ambiente

Por los ecos repetida.
Rui señor enamorado
Cantaba encima de ti,
Y junto al tronco arrugado

Oíste un beso robado

A unos labios de rubí.
Misterios, y colores, y armonías,
Encierras en tu seno, dulce ser,
Vago reflejo de las glorias mías,

Tímida perla que naciste ayer.
Pero es tan frágil tu existencia hermosa
Y tu espléndida gala tan fugaz,
Que es un vapor tu púrpura vistosa,

Que quiebra el ala de un insecto audaz.
Mañana ¿qué será de tus encantos,
De tus bellos matices, pobre flor?
No habrá pesares para ti, ni llantos,

Ni más recuerdo que mi triste amor.
si tu vida fue un soplo de ventura,
Si reflejaste el celestial azul,
No caigas, no, sobre esta tierra impura
Desde tu verde tronco de abedul.
Pídele al sol que con su rayo ardiente
Disipe por los aires tu vivir,
O a un pájaro de pluma reluciente

Que recoja en su pico tu zafír.
Que no naciste tú para este suelo,
Para trocar en lodo tu beldad;
Tú, más baja que espíritu del cielo,

Más alta que la humana vanidad.
Quédate ahí pendiente de tu rama,
Cual blanco mensajero de oración,
Que sólo el verte la esperanza inflama

Y alienta al quebrantado corazón.
Quizá al pasar un ángel solitario
Te cubrirá con su ala virginal...
Si caes envolvería frío sudario
Tu forma vaporosa y celestial.

LA CAIDA DE LAS HOJAS

Hojas del árbol caídas,
Juguetes del viento son:
Las ilusiones perdidas
¡Ay!... son hojas desprendidas
Del árbol del corazón

—Espronceda

Caed, hojas, caed; y mi esperanza
Ya sin verdor llevad:
Venid vientos de otoño, sin tardanza
Su encanto arrebatad.

¡Oh!, de esta vez
El invierno más triste llegará;
Que el corazón perdió el aroma ya
De la feliz niñez;
Caed, hojas, caed.

Mis ilusiones, ¡ay!, amarillentas
Perdieron el verdor,
Que mostraban del día soñolientas
Al matinal albor.

Solo el ciprés

Con hojas queda en medio del arlín;
Mas nunca hará su nido el colorín
Allá en su lobreguez;
Caed, hojas, caed.

De mi laúd las últimas canciones
Marchitas volarán
Con vuestras esmeraldas y festones
Que lleva el huracán.

Con su jaez,
Desnudo de colores y arrebol,
Vestirá del enero el turbio sol
Su amarga viudez;
Caed, hojas, caed.

¿Quién sabe dónde vais, hojas galanas
Que orlabais el pensil
Al murmurar las ráfagas tempranas
Del céfiro de abril?

Fue vuestra red
Magnífico palacio a mi ilusión,
Que de fe henchía el joven corazón.
¡Ay!, hojas, responded:
Mas no, caed, caed.

Y en alas de los vientos del otoño
Doradas hojas id,
Y del sol del abril en el retoño
Segunda vez lucid,

Que ya no volveré,
Mustia yedra que el viento derribó,
A vestir de un alcázar que se hundió
La colosal pared:
Caed, hojas, caed:

Fresca y leve guirnalda de los años,
¿Qué lección ofrecéis a nuestros ojos!
¿Pasan así del hombre los engaños,
Pálida flor, que morirá entre abrojos?

Son hojas el poder y la grandeza;
Hojas también amores y belleza,
Y hojas, en fin, las hojas de la historia.

Frágiles son los árboles de vida,
Que en el Edén no mecen su follaje;
Y al soplo de la muerte sacudida
Pierde su copa el delicado encaje.

Los godos ensalzaron a Toledo,
Y con sus fiestas la pobló Rodrigo.
¿Señalaría un ángel con el dedo
Dó fue el alcázar del placer testigo?

Los árabes danzaban en la Alhambra
Al son de sus metálicos lelés
Los mágicos compases de la zambra
De los abencerrajes y zegríes.

El árbol de su pompa despojaron
Los vientos de Aragón y de Castilla,
Y náufragas sus hojas hacinaron
Del africano mar junto a la orilla.

¡Oh!, si esa mar con encumbrado vuelo
Rauda cruzara la encendida mente!
¡Si el sol de los desiertos desde el cielo
Fulminara su luz sobre mí frente!

Debajo el manto de su arena roja
¡Cuántas hundidas glorias no encontrara!
¡Cuánta huella gigante en su congoja
Mi desolada planta no borraría!

Hojas del árbol de la humana alteza,
¡Babilonia! ¡Persépolis! ¡Palmira!
En polvo vuestra pompa y gentileza
Con el turbión de los desiertos gira.

Las piedras ve rodar del Capitolio
Roma vuestra señora deshojada,
Sin que vea las menguas de su solio
La púrpura imperial despedazada.

Árbol de libertad, corona un día
De esa Polonia que canté por triste.
Santa ilusión de gloria y alegría,
¿De tu verdura sin igual, qué hiciste?

El huracán desnudo te ha dejado,

Y circundó su tronco de miseria,
Tus bellas hojas, ¡ay!, han alfombrado
Los páramos incultos de Siberia.

Los bosques que en el Vístula se miran,
Blandos al soplo del abril se mecen;
Pero las dulces auras que suspiran
El árbol que murió no reverdecen.

Roma, la prostituta corrompida,
Vio agotarse su flor entre los vicios:
Y el templo de Persépolis hundida
Entornó a la virtud los áureos quicios.

Y cayó por cobarde Babilonia
Con sus murallas, fiestas y pensiles;
Mas tú, infeliz magnánima Polonia,
¿Dó escondes el laurel de tus abriles?

Crímenes y virtud juntos descansan
¡Oh mi Dios!, en la noche de la huesa:
Y las mortales ráfagas amansan
Sólo al cruzar por su tiniebla espesa.

Árbol es, ¡ah!, la gloria de este mundo,
Que en el otoño pierde su' beldad,
Y un huracán lo azota furibundo
Que sopla de la oscura eternidad.

Mas si pasan las naciones
Y los fuertes, sin espada,
Van por desiertas regiones;
Si ha perdido sus blasones
La virtud abandonada;

¿Qué eres tú, esperanza mía,
Del agosto exhalación,
A quien por frágil quería,
Y que en mi engaño fingía
De perpetua duración?

¿Qué eres tú que enchiste en alma
De zozobras y. de encanto,
De dulcísimo quebranto,
Cuando te cedí mi calma
Y me dejaste el llanto?

Era mi amor dulce nido
Colgado en tan frágil hoja,
Que con el viento ha caído,
Y yo, ¡triste!, le he perdido
Por no haber quien le recoja.

Sombra de la clara fuente,
Do los pájaros cantaban;
Do yo canté blandamente
Cuando las brisas volaban
Del estío por mi frente;

Tus plantas desnudas hoy
Con susurros no acompañan
Las quejas que al viento doy,
Y zarzas sólo enmarañan
El camino por do voy.

Cuando tornen a su canto
Las aves en primavera
Y el abril tienda su manto
De flores por la pradera,
Borrando huellas de llanto;

¿Me volverá a mí las flores,
Vírgenes de juventud?
Y sus dulces rruiseñores
¿Volverán a mi laúd
El cantar de los amores?

Hojas de mi gloria, el nido
Con vosotras ha volado
A los campos del olvido,
Y sólo yo lo he llorado,
Porque solo lo he querido.

Y nunca más tornará
De tan opacas regiones...
Adiós, célicas visiones!
Que el alma ha perdido ya
La fe de las ilusiones.

Hojas doradas, últimas, queridas,
Que mi amor cariñosas amparasteis;
Que de encanto y placer estremecidas

A sus pasadas trovas murmurasteis:

Hojas que, como yo, volar le visteis
Y que sin Mí le seguiréis en breve,
Que entonces mi dolor compadecisteis;
Veladle, ¡ay, Dios!, con vuestro manto leve.

Veladle: y, tristemente susurrando,
«El poeta, decidle, nos envía,
Que en tinieblas sin fin se quedó allá,
Su amor, su pena, y soledad cantando:
Mas canta, blanco cisne, en su agonía:
Y su cítara en breve callará! »

UN RECUERDO DE LOS TEMPLARIOS

Yo vi en mi infancia descollar al viento
De un castillo feudal la altiva torre,
Y medité sentado a su cimiento
Sobre la edad que tan liviana corre.

Joven ya, y pensativo, y solitario,
La misma idea esclavizó mi mente,
Y del desierto alcázar del templario
En los escombros recliné la frente.

Un tiempo vi de lustre y poderío
Escrito en deleznable caracteres,
Porque pasó el honor y antiguo brío,
Como liviana pompa de mujeres.

Pasó porque era puro, y grande, y noble,
Y por eso escupió en su frente al mundo,
Que de gloria y virtud corona doble
No sientan bien en su pantano inmundo.

De su pujanza y fama esclarecidas
Algunas cruces quedan conservadas,
Unas por las murallas esparcidas,
Otras en las ruinas sepultadas.

También nos queda un cristalino río,
Que allá en su juventud azul y puro
Velaba con vapores y rocío

El yerto pie de su gigante muro;

Y que hoy, más generoso que los hombres,
Enfrena al paso su veloz corriente,
En homenaje a los pasados nombres,
En homenaje a la olvidada gente.

Esto queda y no más de los blasones
Con que ornaron el mundo los templarios,
Y la yedra y sus lúgubres festones
Son hoy de sus cadáveres sudarios.

Pero flota en los mares de la muerte
Como encantada nave su memoria,
Porque es su nombre levantado y fuerte
Y colosal su portentosa historia.

Quizá sobre la losa de la tumba
Se ostenta el mundo libre y generoso,
Y la verdad sonora al fin retumba
En el silencio del final reposo.

Así dormid en paz, ¡oh caballeros!,
Dormid en paz el sueño de la muerte,
Graves, y silenciosos, y severos,
Al amparo del mundo y de la suerte.

Porque en el mundo fuisteis peregrinos,
Y lúgubres pasasteis e ignorados,
Y de nieblas vistieron los destinos
Vuestro blasón de nobles y soldados.

No alcanzó el mundo su gigante altura
Y os coronó la frente de mancilla...
Dormid en la callada sepultura,
Paladines hidalgos de Castilla;

Que tal vez por su noche tenebrosa
Pasará el sol que iluminó esplendente
La templaria bandera victoriosa,
Que guarecía la invencible gente.

Grandes y puros fuisteis en la vida,
Grandes también os guardará la huesa,
Porque es para una raza esclarecida
Mágico prisma su tiniebla espesa.

Bien estáis en la tumba, los templarios,
Porque si abrierais los oscuros ojos,
Y otra vez por el mundo solitarios
De la vida arrastraseis los enojos,

Tanto baldón, y mengua, y desventura
Vierais en él, y tanta hipocresía,
Que la seca pupila en su amargura
Otra vez a la luz se cerraría.

No parece sino que con vosotros
Todo el honor y lealtad llevasteis,
No parece sino que con nosotros
Todo el, oprobio y vanidad dejasteis.

Porque en el día irónicos y secos,
Y menguados arrástrense los hombres
Para llenar sus corazones huecos
Del oropel mentido de sus nombres.

Pasó la fe y con ella la inocencia,
Y el candor que doraba vuestros años,
Pasó la dulce flor de la existencia
Cual para la niñez con sus engaños.

Hoy las ideas de entusiasmo y gloria
Ceden el puesto a viles intereses,
Y crecen en el campo de la historia
Sobre la tumba del honor cipreses.

Y todo sentimiento generoso
Vilipendiado rueda por el suelo,
Y la fuerza, cual bárbaro coloso,
Vela del mundo el funeral desvelo.

En vez del corazón la mente late,
Tibia la sangre y pálida circula;
Si un rey a su nación lleva al combate,
Sobre la muerte y destrucción calcula;

¿Dó están vuestros escudos, caballeros,
La lanza que en los aires rielaba,
Los vistosos pendones tan ligeros,
Que el moribundo sol tornasolaba?

¿A dónde fueron las templarios cruces
Que un día vio Jerusalén divina,
Y que bañaban con cambiantes luces
La arena de la ardiente Palestina?

¿Dó está el batir sonoro de las. palmas
De tantos melancólicos cautivos,
Que por merced de sus sublimes almas
Ví an del sol los resplandores vivos?

¿Dónde encuentran amparo las mujeres?
El huérfano ¿dó encuentra valedores?
¿Dó la cabeza los dolientes seres
Reclinan por descanso a sus dolores?

Poblada soledad es hoy el mundo,
Pantano que abril viste de guirnaldas,
Abismo melancólico y profundo
Coronado de aromas y esmeraldas.

Por eso vuestras palmas y laureles
Silbó con su raquítica garganta,
Y amontonó mentiras y oropeles
Para borrar vuestra soberbia planta.

Para baldón y vergüenza
La juventud hoy comienza
Do paró vuestra vejez;
Mas, ¡ah! , que en nosotros falta
Vuestra hidalguía tan alta,
Y fama, y valor, y prez.

Y falta vuestra inocencia
Y pundonor, y creencia
Y religiosa piedad,
Y vaga el hombre inseguro
Por el crepúsculo oscuro
De la duda y vanidad.

Y no hay estrella en sus mares,
Ni esperanza en sus cantares,
Ni en su mente porvenir,
Porque el mundo que le engaña,
En su corazón empana
El espejo del sentir.

Que en la juventud florida
Bella y desapercibida,
El ánima virginal,
En busca va de los hombres,
Fascinada con sus nombres.
Y su apariencia leal.

Y ángeles ve en las mujeres
Y amor, y luz, y placeres,
En la senda del vivir,
Y por su mágico prisma
Mira el mundo que se abisma,
Y piensa que va a dormir.

Y entonces, fuertes caudillos,
Vuestros ánimos sencillos
El alma comprende y ve,
Como en mi dorada infancia
Vuestra gótica arrogancia
Cándido y puro alcancé.

Mas, ¡ay de mí!, los paisajes,
Los cambiantes y celajes
De la rica juventud
Son no más lánguidos sonos,
Que arrancan los aquilones
De un amoroso laúd.

Porque llega el desencanto
En las noches de quebranto,
Y con su mano glacial
Descorre triste y severo,
El pabellón hechicero,

Fantástico y celestial
De la vida engañadora,
Que con falsa lumbre dora
Las nieblas del porvenir,
Y como encantado velo,

Sobre nosotros un cielo
Despliega de oro y zafir.
¡Pobres dichas juveniles,
Tan lozanas y gentiles,
De tan suave y puro albor!
¿Por qué sois mentira sólo

Y encubridoras del dolo
Del universo traidor?

¿Por qué la edad de pureza,
De pasión, y de belleza
No ha de engañar también,
Y robarnos el sosiego,
Y con su aliento de fuego
Quemar la cándida sien?

¡Ay! , cuando desencantados,
Náufragos y derrotados,
Pisamos la orilla, al fin,
De sus mares turbulentos
Con celajes macilentos
En su nublado confín,
Sin amor, sin esperanza,
Ni gloria, ni bienandanza,

Que allá en su seno se hundió,
Y en lugar de la hermosura,
Y en lugar de la ventura,
Que la juventud sonó,

Vemos arenal tendido,
Y pálido y desabrido,
Que es forzoso atravesar,
Sin árboles ni verdura,
Sin una corriente pura
Donde la sed apagar.

¿Qué es lo que entonces encierra
La desnuda y seca tierra
De esperanza y de placer?
¿Qué visiones luminosas,
Infantiles y vistosas
Pueden, ¡ay!, aparecer?

Aparecen amarillos
Sin fosos y sin rastrillos,
Centinela ni pendón,
Vuestros alcázares nobles
Con reminiscencias dobles

De hidalguía y religión:
Monumentos inmortales,

Que envueltos en los cendales
De verde yedra se ven;
Islas que en el mar de olvido
Con ademán atrevido
Levantán la antigua sien;

Maravillosas historias,
Y magníficas memorias
Quedan y templaria cruz,
Que despiertan las campanas
Melancólicas o vanas,
Que cantan la última luz.

Y entonces el alma sueña
Con una voz halagüeña
Entre el ruido mundanal,
Por más que sea muy triste
Ver que solamente existe
En la noche sepulcral.

POLONIA

Al príncipe Luciano Woroniecki

Héla allí moribunda y quebrantada,
Por el suelo la rica cabellera;
Hela allí solitaria, abandonada,
Cual náufrago bajel en la ribera.

Héla allí que los déspotas cobardes
Vienen a escarnecería en su agonía,
Y aprietan sus cadenas por las tardes
Para dormir tranquilos hasta el día.

¡Polonia! ¡Virgen pura de los hielos,
Generosa, entusiasta, enaltecido!
La noche del sepulcro entre sus velos
Guarda tu juventud rica y florida.

Poco valió tu blasonado escudo,
Melancólica fada de las nieblas,
Y el guerrero atambor descansa mudo
Y velado en inmóviles tinieblas.

Que te fueron infieles tus memorias,
Solitaria nación entrada a saco,
Y cayeron tus héroes y tus glorias
Bajo la inmunda planta del cosaco.

Tus antiguos pendones y estandartes
Se arrastraron por tierra moscovita,
Y ondea en tus feudales baluartes
La enseña de los déspotas maldita.

El Vístula se arrastra lentamente
Con cadáveres, armas y banderas,
Y lleva entre los muertos' de tu gente
Tus vírgenes de blondas cabelleras.

Ya veces por piedad a tu memoria
Refleja vencedoras bayonetas,
Y te pinta ilusiones y victoria
Entre las brumas de sus aguas quietas.

Ilusiones; que el mísero cautivo
Sólo deleites mira en lo pasado,
Ya tu dolor, ¡oh virgen!, tan esquivo
Solamente memorias han quedado.

Pasó SOBIESKI el noble y el guerrero,
El que alzó tu pendón resplandeciente;
PONIATOWSKI el hermoso, el caballero,
Bajo las aguas escondió la frente.

La libertad tus pueblos levantaba:
La libertad te hacía grande y bella...
¡La libertad murió para la esclava
Y perdió sus amores la doncella!

Hoy, virgen, solitaria y dolorida,
Madre sin hijos, reina sin blasones,
Tu blanca ropa en sangre está teñida,
Y tu frente sellada con baldones.

Yesa Europa que vía tu quebranto,
Esa Europa que culta se llamaba,
Que miró tus ultrajes y tu llanto
Y tu flor que en la sangre se ahogaba;

Esa Europa del débil protectora

¿Te tendía una mano de consuelo?
¿Fue a levantarte al despuntar la aurora,
Cuando houada rodabas por el suelo?

No; que tembló decrepita y cobarde,
Y apegada a villanos intereses,
Hizo de humanidad pomposo alarde,
Pero plantó tus campos de cipreses.

Dijeron sus ministros y sus reyes:
«Escribid una nota en favor suyo.»
Y a la merced de un déspota sin leyes,
Dejaron el honor y nombre tuyo!

¡Te han dejado morir, virgen del polo!
¡Te han dejado morir! ¡Malditos sean!
Que ellos hundieron con innoble dolo
Tus derrumbadas torres que aún humean.

¡Ah!, no pongas en ellos tu esperanza,
Porque te venderán cual te han vendido,
Porque dobla sus brazos una lanza,
Porque el orín sus armas ha podrido.

¡Miserables! , el día del combate
¿Dó buscarán la fuerza y valentía?
¿Pagarán con dinero su rescate!
¿Llorarán cual mujeres su agonía!

Cuando vean sus niños estrellados,
Cuando vean sus hijas sin decoro,
A ti se volverán desesperados,
y tú responderás: « ¡Sálveos el oro! »

Mas otro porvenir guarda la suerte,
Polonia, para ti, y otros blasones;
Mira la juventud alzarse fuerte,
Rica de libertad y de ilusiones.

Mírala, sí, y espera en tu agonía.
Porque ella ve tus lágrimas de duelo,
Y no está lejos el hermoso día
Que un sol de libertad muestre en el cielo.

Tus hijos van por ignoradas tierras,
Lleno su corazón de tus encantos,

Pensando en los amores que tú encierras,
En la fe de sus padres y sus santos.

Tus hijos volverán a tus llanuras,
Y sollozando abrazarán tu suelo,
Y al recordar pasadas amarguras,
Los turbios ojos alzarán al cielo.

Que es el Edén la patria de la vida,
Primer amor que el corazón inflama,
Estrella en una mar embravecida,
Perdida voz que nos cautiva y llama.

Cuando guerrera lidiabas
Era yo débil y niño;
Pero el alma entusiasmabas
Y yo te di mi cariño,
Tan sólo porque penabas.

Llegó al fin la juventud
Con su celaje liviano,
Y en mi ardorosa inquietud
Yo miré en ti la virtud
Luchando contra un tirano.

Y murieron ilusiones
En las que el alma creía;
Mas tu amor en mí crecía,
Al compás que tus baldones
Mayores son cada día.

Y al contemplar tus pesares
Sintiendo mi sangre hervir,
Sentí grande mi vivir;
Acallé tristes cantares;
Tuve fe en el porvenir.

Y acaricié en mis ensueños
Aurora de libertad,
Días para ti risueños;
Lanzados de tu ciudad
Ví tus despóticos dueños.

Que es tu causa la del mundo,
La del cielo y de los hombres;
Virgen pura no te asombres,

Si ves en el cieno inmundo
Los déspotas y sus nombres.

Que el cielo se cansará
De tamaños desafueros;
Que el cielo quebrantará
Como un vidrio sus aceros,
Y ese día llegará.

Y ese día no habrá nubes,
Sino arreboles de gloria,
Himnos de paz y victoria,
Y escribirán los querubes
Con fuego tan rica historia.

Y entonces te alzarás pura
De esa mancha que hoy te afea,
Espléndida en hermosura,
Cual faro que centellea
Sobre una playa insegura.

¡Virgen!, el Dios que murió
Por el bien de los humanos
La libertad nos dejó:
Perezca el día que vio
Levantarse a los tiranos

Mas los días pasarán
Y las naciones verán
Tu amargura y tu abandono,
Y entonces desplomarán
Sobre el verdugo su trono.

Y otra vez serás gloriosa,
Y otra vez afortunada,
Y triunfal música honrosa
En ti sonará velada
En tu niebla silenciosa.

Espera, sí, que es bella la esperanza,
Que el cielo nos la dio para el pesar;
Y a ti, infeliz, te toca la mudanza,
Porque sobrado fue tu sollozar.

¿No escuchas, dime, en alas de los vientos
Que de Siberia llegan hasta ti,

Sentidos y dulcísimos acentos,
Blandos como un perfume de alhelí?

¿No sientes, dime, en la callada noche,
Entre tinieblas, soledad y horror,
Alzarse de tus huesas un reproche
Contra tu odioso y bárbaro señor?

Es la voz de tus hijos, que allí esperan
La aurora de la dulce libertad:
Tus muertos son, que helados vituperan
Al que llevó arrastrando tu beldad.

Y siempre fue solemne profecía
La voz que de los túmulos salió;
Siempre del desterrado la agonía
Al cielo melancólica subió.

No temas, no, sin héroes eclipsarse,
Solitaria Viuda con tu afán,
Que si tus hijos mueren, a poblarte
Del destierro los ángeles-vendrán!

LA VIOLETA

Flor deliciosa en la memoria mía,
Ven mi triste laúd a coronar,
Y volverán las trovas de alegría
En sus ecos tal vez a resonar.

Mezcla tu aroma a sus cansadas cuerdas;
De miedo, pura flor, que entonces pierdas
Tu tesoro de olores y tu bien;
Yo, sin embargo, coroné mi frente
Con tu gala en las tardes del abril,
Yo te buscaba orillas de la fuente,

Yo te adoraba tímida y gentil.
Porque eras melancólica y perdida,
Y era perdido y lúgubre mi amor;
Y en ti miré el emblema de mi vida
Y mi destino, solitaria flor.

Tú allí crecías olorosa y pura

Con tus moradas hojas de pesar;
Pasaba entre la yerba tu frescura
De la fuente al confuso murmurar.

Y pasaba mi amor desconocido,
De un arpa oscura al apagado son,
Con frívolos cantares confundido
El himno de mi amante corazón.

Yo busqué la hermandad de la desdicha
En tu cáliz de aroma y soledad,
Y a tu ventura asemejé mi dicha,
Y a tu prisión mi antigua libertad.

¡Cuántas meditaciones han pasado
Por mi frente mirando tu arbol!
¡Cuántas veces mis ojos te han dejado
Para volverse al moribundo sol!

¡Qué de consuelos a mi pena diste
Con tu calma y tu dulce lobreguez,
Cuando la mente imaginaba triste
El negro porvenir de la vejez!

Yo me decía: «Buscaré en las flores
Seres que escuchen mi infeliz cantar,
Que mitiguen con bálsamo de olores
De ti, bañada en moribunda luz,
Adormecida en tu vistosa cuna,
Velada en tu aromático capuz.

Y una esperanza el corazón llevaba
Pensando en tu sereno amanecer,
Y otra vez en tu cáliz divisaba
Perdidas ilusiones de placer.

Heme hoy aquí: ¡cuán otros mis cantares!
¡Cuán otro mi pensar, mi porvenir!
Ya no hay flores que escuchen mis pesares,
Ni soledad donde poder gemir.

Lo secó todo el soplo de mi aliento,
Y naufragué con mi doliente amor
Lejos ya de la paz y del contento
Mírame aquí en el valle del dolor.

Era dulce mi pena y mi tristeza;
Tal vez moraba una ilusión detrás:
Mas la ilusión voló con su pureza,
Mis ojos, ¡ay!, ¡no la verán jamás!

Hoy vuelvo a ti, cual pobre viajero
Vuelve al hogar que niño le acogió;
Pero mis glorias recobrar no espero,
Sólo a buscar la huesa vengo yo.

Vengo a buscar mí huesa solitaria
Para dormir tranquilo junto a ti,
Ya que escuchaste un día mi plegaria,
Y un ser hermano en tu corola vi.

Ven mi tumba a adornar, triste viola,
Y embalsama su oscura soledad;
Sé de su pobre césped la aureola
Con tu vaga y poética beldad.

Quizá al pasar la virgen de los valles
Enamorada y rica en juventud,
Por las umbrosas y desiertas calles
Do yacerá escondido mi ataúd,

Irá a cortar la humilde violeta
Y la pondrá en su seno con dolor,
Y llorando dirá: « ¡Pobre poeta!
Ya está callada el arma del amor! »

A ESPRONCEDA

¿Y tú también, lucero milagroso,
Roto y sin luz bajaste
Del firmamento azul y esplendoroso,
Donde en alas del genio te ensalzaste?

¿Gloria, entusiasmo, juventud, belleza,
De tu gallardo pecho la hidalguía!
¿Cómo no defendieron tu cabeza
De la guadaña impía?

¿Cómo, cómo en el alba de la gloria,
En la feliz mañana de la vida,

Cuando radiantes páginas la historia
Con solícita mano preparaba,
Súbito deshojó tormenta brava
Esta flor de los céfiros querida?

.....

Águila hermosa que hasta el sol subías,
Que los torrentes de su luz bebías,
Y luego en raudo vuelo
Rastro de luz e inspiración traías
Al enlutado suelo;

¿Quién llevará las glorias españolas
Por los tendidos ámbitos del mundo?
¿Quién las hambrientas olas
Del olvido y su piélagos profundo
Bastará a detener? Tus claros ojos
No lanzan ya celestes resplandores:

Fríos yacen tus ínclitos despojos:
Faltó el impulso al corazón y al alma:
En las ramas del sauce de tu tumba
El arpa enmudeció de los amores,
Y de tu noche en el silencio y calma
Trémula y dolorida el aura zumba!

.....

¡Y yo te canto, pájaro perdido,
Yo a quien tu amor en sus potentes alas
Sacó de las tinieblas del desierto,
Que ornar quisiste con tus ricas galas,
Que gozó alegre en tu encumbrado nido
De tus cantos divinos el concierto!

¿Qué tengo ya para adornar tu losa?
Flores de soledad, llanto del alma,
Flores, ¡ay! , sin fragancia deleitosa,
Hiedra que sube oscura y silenciosa
Por el gallardo tronco de la palma.

¡Oh, mi Espronceda! ¡Oh generosa sombra!
¿Por qué mi voz se anuda en mi garganta
Cuando el labio te nombra?
¿Por qué cuando tu planta

Campos huella de luz y de alegría,
Y tornas a la patria que perdiste,
Torna doliente a la memoria mía,
A mi memoria triste,
De tu voz la suavísima armonía?

¡Ay! , si el velo cayera
Con que cubre el dolor mis yertos ojos,
Menos triste de ti me despidiera:
Blanca luz templaría mis enojos
Cuando siguiese tu sereno vuelo
Hasta el confín del azulado cielo.

¡Adiós, adiós!, la angélica morada
De par en par sus puertas rutilantes
Te ofrece, sombra amada;
Ve a gozar extasiado
La gloria inmaculada
De Calderón, de Lope y de Cervantes.

LA CAMPANA DE LA ORACIÓN

Trémulo son
vibra en el viento...
¿Es el acento
de la oración?

¿Es que suspira
la brisa pura,
que se retira
por la espesura?

¿Es que cantan las aves a lo lejos
con voz sentida al apagado sol,
bañadas en los últimos reflejos
de su encendido y bello tornasol?

¿Es el blando ruido de las alas
de los genios del día y de la luz,
que van a desplegar sus ricas galas
a otro país de gloria y juventud?

¿Es la voz destemplada del torrente,

que trueca su mugido bramador
en un himno dulcísimo y doliente,
himno de paz, de religión, de amor?

No, que esa voz misteriosa,
como el crepúsculo vaga,
cual la niebla vaporosa,
solitaria y melodiosa,
como la voz de una maga;

Es más que el leve murmullo
del aura que se despide
y besa el tierno capullo
y un instante, más le pide
con melancólico arrullo.

Es más que el triste cantar
de los pájaros pintados,
que contemplan admirados
nube rojiza empañar
del sol los rayos dorados.

Es más que la voz sonora
que se escapa del torrente
y en himno tímido llora
el muerto sol de occidente,
y aguarda el sol de la aurora.

Es más blanda y delicada
que la confusa armonía
del ala tornasolada
del espíritu del día,
en los aires agitada;

Que es la voz de la campana,
voz de la alegría y tristeza,
de alegría en la mañana,
triste en la noche cercana,
sepulcro de la belleza.

Voz que dulce y apagada
en la oscuridad solloza,
O que rica y acerada
corre los vientos alada
y entre misterios se goza;

Que tal vez recuerda el alma
despertada por su son
horas de plácida calma,
en que, solitaria palma,
floreceda el corazón.

Y entonces las oraciones
de la infancia bulliciosa
pasan en blanca visiones
cual aéreas ilusiones,
por el alma pesarosa.

Y las dulces confianzas
de solícita amistad,
las doradas esperanzas,
abandono y bien-andanzas
de la venturosa edad.

Y las pláticas de amor
entre flores y verdura,
que cantaba el ruiseñor
y embellecía el pudor
de conturbada hermosura.

Todo en los ecos se mece
del misteriosos metal,
pero confuso aparece
y sin contornos se ofrece
como vapor matinal.

Que son harto delicados
Aquellos suaves placeres
en que yacen apiñados
ensueños idolatrados
con semblante de mujeres.

Porque en otro pensamiento
se miran sobrenadar,
y siguen su movimiento,
cual marchan al sol den viento,
las escuadras por el mar.

Pensamiento, sí, infinito,
que vaga por el espacio,
pensamiento de proscripto,
en las cabañas escrito,

y en la frente del palacio.

Las músicas de la vida,
el silencio del no ser,
y la amarga despedida,
y la queja dolorida
de las hojas al caer.

La idea consoladora
de otro mundo de virtud,
y la madre que nos llora
y que, aún muertos, nos adora
contemplando el ataúd.

La imagen de la doncella
que su fe nos dio al pasar,
y que tal vez nuestra huella
busca en moribunda estrella
con distraído pensar;

Y el ánima desatada
que va a llamar congojosa
a la puerta nacarada
de la mansión perfumada,
donde el querubín reposa;

Y Dios y la majestad,
y el son de las arpas de oro
en la mística Ciudad,
y aquel inefable coro
por toda una eternidad!!

Ideas son que oscurecen
las memorias infantiles,
y ante quienes desaparecen
y en humo se desvanecen
los delirios juveniles.

Encumbrada en gigante campanario,
desde allí enseñorea al huracán,
soberana de un mundo solitario
de grave y melancólico ademán.

¿Por qué, di, tanto gozo en la mañana?
¿Por qué al oscurecer tanto pesar?
¿Por qué en tus ecos, lánguida campana,

haces así mi corazón rodar?

¡Ay! Cantas la esperanza en la alborada,
la fe sencilla del primer amor,
y en la noche las sombras de la nada,
desengaños y dudas y dolor.

Tal vez eres escala luminosa
por do se sube a la espléndida región:
tal vez eres la senda tenebrosa
que guía al ignorado panteón.

Paréceme en las noches mas oscuras
oír entre tus ecos de metal
unas palabras tímidas y puras,
perdidas en tu acento funeral.

Palabras de abandono y confianza,
blando perfume de inocencia y paz,
ideas de fantástica esperanza,
memorias de dulcísima amistad.

Memorias, sí, del malogrado amigo,
del malogrado amigo que perdí,
que repartía su placer conmigo,
y descargaba su amargura en mí.

Que desplegó mi corazón de niño,
como el alba las hojas de la flor,
y suavizó con maternal cariño
mis ideas de luto y de dolor.

¿Quién sabe si abandona su morada
cuando vas a cantar la última luz,
y cruzando la bóveda estrellada
mezcla a tu son el son de su laúd?

¿Quién sabe si hay un punto en el espacio,
de entrambos mundos eternal confín,
más alto que la cresta del palacio,
y postrer escalón del serafín?

.....

Tú eres campana, el punto misterioso;
sobre la tierra levantado estás,
y tú sin duda al celestial reposo

del espíritu amigo servirás.

Lanza tu voz, desplégala sonora,
pues que en ella le escucha mi pasión;
si es ilusión, campana bienhechora,
¡Ay! Déjame morir en mi ilusión:

Porque es triste perder el ser que amamos,
y los sueños con él perder también ...
¿para qué averiguar si deliramos?
¿para qué razonar si obramos bien?

¡Ay! Es tan dulce al alma abandonarse,
y mecerse en memorias de placer,
y luego melancólica lanzarse
a buscar la esperanza en el no ser;

Que Dios sin duda te colgó en el viento,
como flor del perdido corazón,
cual llama, que el helado pensamiento
convierte en un aroma de oración.

Tú que me traes al rayar el día
vagos recuerdos de la bella edad,
y por la noche pálida y umbría
me muestras la confusa eternidad;

Tú que entre sombras y tiniebla vana
evocas una forma celestial...
¡Bendita seas, lúgubre campana!
¡Bendito, sí tu acento funeral!

LA MARIPOSA

Mariposa, mariposa,
que das al viento gentil
de tus alas de oro y púrpura
el espléndido matiz;

que, veleidosa y ligera,
la tímida flor de abril
besas y al punto abandonas
indiferente o feliz;

tú deslumbraste mis ojos
desde el punto en que te vi,
y fuiste maravilla
de mi embeleso infantil.

Cegáronme tus encantos,
y entonces en pos de ti
vagué por valles y montes,
atropellando el zafir

de la fuente solitaria,
en que encendido alhelí
reflejaba su corona
de arrebolado carmín.

Por ti en los verdes prados
hollé el vistoso tapiz,
por ti la esbelta azucena
con su frente de marfil
en mi carrera afanosa
desatentado rompí,
y su cáliz de perfumes,
y su gala juvenil
a los pies del caminante
sin compasión esparcí.

Y tú siempre vagarosa
el aire hendías sutil
con tu gala envanecida,
sin escuchar ni sentir
las inocentes plegarias
de mi niñez infeliz,
que en fuerza de tu desdén
empañó con su gemir
el cristal puro y luciente
de su rico porvenir.

Vano fue el blando cabello
rizado en sortijas mil,
vana la frente apacible
de pura rosa y jazmín,
vanos los ojos azules
y su cándido lucir,
vana también mi pureza
de celeste serafín.

Mariposa, mariposa,
flor de un aéreo pensil,
hoy que la infancia ha pasado
bien te comprendo, ¡ay de mí!
Cayó el mágico cendal
con que vendado viví,
y pude mirar el mundo
desencantado por fin.

Harto entonces tu lección
en la amargura aprendí,
viendo que bello fantasma
en la senda del vivir
tendías las ricas alas
para esconderme la lid
que me guardaba la vida
en su lejano confín.

¡Pobre niño! ¡Qué inocente
cerré sin dudar los ojos,
con la esperanza en la frente!
¿Por qué no vía la mente
de las flores los abrojos?

¿Por qué sin faro ni estrella
cruzas el mar de la vida,
juventud, pobre doncella,
en sueños de amor perdida,
cándida, inocente y bella?

¿Por qué va tu corazón
como los aires abierto?
¿No temes que tu ilusión
desvanezca el aquilón
del arenoso desierto?

Cuando a vivir nos lanzaste,
criador del ancho mundo,
¿Cómo, di, no reparaste
que la noche nos dejaste
de desamparo profundo?

Si era ley el pelear,
¿por qué en vez del flaco pecho
no nos pusiste espaldar
de diamante, en que deshecho

fuera a estrellarse el pesar?

Porque al fin es el vivir
encarnizada contienda,
y solamente al morir
cae de los ojos la venda
que robaba el porvenir.

Mas de nuestro desvarío
¿quién tiene la culpa, quién?
Tú no la tienes, Dios mío,
que no está el cielo vacío
ni sin flores el Edén.

Si, a despecho de tu amor,
en pos corre el hombre loco
de un fantasma seductor,
deshojando poco a poco
de su inocencia la flor;

si a pesar de las lecciones
que por el mundo esparciste,
acallan sus ilusiones,
devaneos y pasiones
la conciencia que les diste,

¿quién tiene la culpa, quién,
de sus pesares y duelo
si allá en la senda del Bien
a mengua tuvo el consuelo
y le apartó con desdén?

¿Por qué imagina atrevida
el alma desvanecida
perpetua la primavera
sólo con verla ceñida
de su guirnalda hechicera?

¡Ay! Dios abrió el ancho mundo
como un libro a nuestros ojos,
y eran tantos los enojos,
las asperezas y abrojos
en el volumen profundo,

que sólo nuestra demencia
pudo mostrarnos en él

bosques de mirto y laurel
y músicas e inocencia
en encantado vergel.

¡Mal haya quien como yo
tuvo un aviso del cielo
que insensato despreció!
¡Mal haya aquel que buscó
paz y contento en el suelo!

Que no en vano, mariposa,
delante de mí volabas,
porque tú representabas
profecía misteriosa
que a mi vista desplegabas.

Fantasma de la ventura
cual ella rica y brillante,
cual ella galana y pura,
mas a par suyo inconstante,
loca, falaz e insegura,

¿por qué los ojos no abrí
para verte sin pasión?
¿Por qué insensato perdí
mis alegrías por ti
y la paz del corazón?

Cuando en la fuente bebías,
cuando libabas las flores,
cuando en el viento esparcías
hechizos y bizarrías
de tus alas de colores;

cuando entre la sombra y verdura
ibas a perderte errante,
y a gozarte en la frescura
de la selva susurrante
bajo su bóveda oscura;

y luego volvías loca,
batiendo las alas bellas,
festivo enredado en ellas
el céfiro que destaca
mariposas y doncellas,

¿por qué me dejé engañar
de tanta pompa y belleza?
¿No pude, ¡ay de mí!, pensar
que esta gala, esta pureza,
no era cosa de alcanzar?

Mas si en los juncos posada
que orlaban la pura orilla
de la espumosa cascada,
de los ojos maravilla,
mostrábase columpiada,

y allí al parecer dormida
me convidaba tu encanto,
tu vestidura florida
y tu arbolado manto
a tender mano atrevida,

¿qué mucho que al fin cediera
a tan rosada ilusión?;
¿qué mucho que el corazón
apresurado latiera
con la mágica visión?

Mas por necio o por liviano
frustábase mi deseo,
que era necio, bien lo veo,
fiar el contento humano
de tan frágil devaneo.

Porque eras tú mi fortuna,
y volabas por ser mía,
y aun tan menguada alegría,
larga tal vez e importuna,
juzgaba la suerte impía.

Crucé los brazos al fin,
dejé caer mi cabeza,
y en nebuloso confín
perdiéronse con presteza
sus alas de serafín.

Entonces reflexioné
y en tu oscura profecía
melancólico pensé;
mas, ¡ay de mí!, que tardía

la meditación ya fue.

Tardía sí, que volaron
mis ilusiones contigo,
y solamente quedaron
incertidumbres conmigo
que mi vida emponzoñaron.

Mariposa, mariposa,
si hay en el mundo otros niños
con frente de nieve y rosa,
de cabellera sedosa,
puros y blancos armiños,

ten con ellos más piedad
que la que yo te debí,
porque es inhumanidad
ir a deshojar así
de la inocencia la edad.

Y si a mi vista apareces
no me recuerdes tus daños
sino mis cándidos años,
y mis inocentes preces
y mis dichosos engaños,

¡ay de mí!, porque mi gloria
no está, no en el porvenir
ni en su dudoso lucir;
sólo para mi memoria
hay un cielo de zafir.

A LA MEMORIA DEL CONDE ALANGE

Aún otra vez, callada lira mía,
aún otra vez el himno de los bravos
pueble el silencio de la noche fría
y hiele el corazón de los esclavos.

¡Campo Alange!, ¡perdón!, sombra gloriosa,
perdón para el cantor de los pesares
si en tu corona de laurel hermosa
el eco va a morir de sus cantares.

No es de dolor el himno que te canto,
no es de tristeza tu inmortal memoria,
mengua fueran palabras de quebranto
sobre esa tumba que selló tu gloria.

Mis trovas serán trovas de esperanza,
como en Grecia los himnos de Tirteo,
voces de libertad y confianza
que retumben allá en el Pirineo.

¡Oh!, yo he cantado un pueblo sin ventura,
y noble indignación tronó en mis labios
cuando le vi sumirse en la amargura,
perdido por los reyes y sus sabios.

A ti como bueno pereciste,
a ti también te cantará mi lira.
Mártir hermoso de los libres fuiste...
Mártir hermoso, tu virtud me inspira.

Cuando tronó el cañón en el Escalda
y el pendón tricolor flotó en Amberes,
marchitando en la sien de mil mujeres
del amoroso mirto la guirnalda,

y al son de fulminante artillería
tu espíritu iba en pos de ardiente bomba
que con fragor horrísono crujía,
como en la mar la temerosa tromba,

¿viste la libertad cruzar el viento,
flotante con su blanca vestidura,
perdersse en el azul del firmamento
y aparecer allí radiante y pura?

¿La viste sonreírte y con el dedo
mostrarte en encantada maravilla
el alcázar antiguo de Toledo,
la morisca Giralda de Sevilla?

Y te dijo quizá: “Dulce es mi cuna,
al pie de los naranjos columpiada,
dulce es oír a la serena luna
de un bandolín la música pausada,

dulce es ver de mis hijos las falanges
palpitar de Padilla a la memoria...
Yo templaré en el Tajo sus alfanjes,
los llevaré a los campos de la gloria”.

Y en tu fervor postrado allí de hinojos
le dijiste: “Seré tu caballero.
Dulce será en la llama de tus ojos
los míos enclavar si acaso muero”.

Y guardaste tu fe dentro del pecho
como la fe de tu primer amor,
y flotaron en torno de tu lecho
imágenes de fama y de esplendor.

La libertad cumplió su profecía,
y su pendón se desplegó en los llanos,
y allá en los montes la bandera impía
se desplegó también de los tiranos.

Y del Tajo corriste a la orilla.
En él templó la libertad tu espada,
te llevó de la mano por Castilla,
y te dejó en su hueste denodada.

Tú del poniente sol a los vislumbres,
de una reina sublime en ademán,
la contemplaste en pie sobre las cumbres
de los gloriosos montes de Arlabán.

Gigante allí se apareció a tus ojos
la sien orlada de un laurel celeste,
hollando del esclavo los despojos,
y de las selvas en la pompa agreste.

Y te habló en una lengua misteriosa,
dulce como el aplauso de la fama,
y engalanó tu frente generosa
rico trasunto de su viva llama.

Tú, por su amor, intrépido lidiabas,
tu corcel iba en pos de sus banderas,
y otro Arlabán tal vez imaginabas
del cántabro océano en las riberas.

Los hijos de los libres combatían

de la inmortal Bilbao sobre los muros;
los hijos de los siervos sucumbían
dentro del foso reluchando oscuros.

Cuando miraste la ciudad triunfante
destacarse en lo blando de la nieve,
y del vapor de la neblina errante
desaparecer debajo el manto leve,

te soñaste cruzado de la gloria,
y otra Sión fingiste esplendente,
y las trovas del Taso tu memoria
cruzaron en tropel resplandeciente.

Y era con todo la ilusión divina
tu postrera ilusión sobre la tierra,
¡blanca nube de forma peregrina
que deshacen los vientos en la sierra!

¡Tú herido allí por una bala oscura
la víspera gloriosa del mañana
en que del monte ceñirá la altura
el humo del combate de Luchana!

¡Morir y no morir en la pelea
cuando al ronco cañón se enciende el alma
y pecho juvenil para desea
junto a la sombra de triunfante palma!.

Tu vista entonces se volvió a los cielos
empañada en vapor de amarga duda...
La libertad cruzaba con sus velos
las nubes pardas para darte ayuda.

No era el ángel que viste en el Escalda
ni la diosa que en bélico ademán
del occidente en la encendida gualda
se apareció en las crestas del Arlabán.

Era la madre que sus hijos llora,
era la virgen que perdió su amor,
y en quien de un cielo la esperanza dora
las tinieblas confusas del dolor.

Besó tu frente y con amor te dijo:
“bellos fueron tus días en la tierra,

bellos serán entre las nubes, hijo,
do te aguardan los héroes de mi guerra.

Ya no verán los soles de mi gloria
de tu sable el relámpago brillar
ni llenará más páginas la historia
con tu caballeresco batallar.

Mas eres mártir de una santa idea,
blasones y poder por ella diste...
tú mi arcángel serás en la pelea,
pues caballero de mi causa fuiste”.

Y tus ojos entonces se cerraron,
tu alma cruzó los campos de la luz,
y los fuertes guerreros sollozaron
de tu glorioso túmulo en la cruz.

Hoy que tus alas cubren las enseñas
que tu brazo otro tiempo defendía,
y en el silencio de enriscadas breñas
te muestras a mi ardiente fantasía,

hoy te pido un cantar de fortaleza
que truene por los ámbitos de España,
rico en vigor, espléndido en braveza,
rugido de un león en la montaña.

Ven, muéstrate a los ojos de los libres
que con adoración dicen tu nombre;
ora el acerco ensangrentado vibres,
ora te cerque tu inmoral renombre.

Y en tanto que en su mente entusiasmada
eco lejano del cañón retumba,
diles con voz sublime y levantada,
grave con el reposo de la tumba:

“¡himnos sin fin a la guerrera lira!
¡Su voz esparza por el mundo el viento!
¡Himnos sin fin! ¡La libertad no expira,
porque no muere el sol del firmamento!

LA NIEBLA

Niebla pálida y sutil
que en alas vas de los vientos,
no así callada y sombría
desaparezcas a lo lejos,
en pos de ti correré,
sin vagar y sin sosiego,
porque está sedienta el alma
de tus sombras y misterios.

Acuérdate, engañadora,
del inocente embeleso
con que, niño embebecido,
contemplaba tu silencio,
por si en él resonaban
perdidos y blancos ecos
de las arpas melodiosas
de las magas de los cuentos.

Crédulo entonces y puro
rasgar intenté tu velo,
pensando que me ocultaba
sus palacios hechiceros,
sus fantásticos pensiles,
sus músicas y torneos,
y los flotantes penachos
de encantados caballeros.

Rasgada en pedazos mil,
cual perdido pensamiento,
te vi envolver cuidadosa
y con solícito anhelo
las almenas carcomidas
del alcázar, que en un tiempo
escándalo fue del mundo
por su pompa y devaneos
sin ver que era vano afán
y descabellado intento
velar sus rotos blasones
y su mutilados fueros
con tu liviano ropaje,
y más liviano deseo;
y con todo alguna vez
el sol te daba contento
reverberando apacible
del torreón altanero

en el musgo húmedo y triste;
roja chispa de su fuego,
que después tú disfrazabas
hasta mentir el reflejo
de perfilada armadura
de rutilante yelmo.

¡Cuántas veces me engañaste
con dolosos sortilegios,
haciéndome atropellar,
desapoderado y ciego,
las ruinas del castillo,
cándido infante, creyendo
mirar de pie en su poterna
membrudo y alto guerrero
como lúgubre guardián
de la prez de sus abuelos!

¡Cuántas veces ¡ay! Mis lágrimas
por tus mentiras corrieron
al ver que mi fantasía
y mi dulcísimo ensueño
tornábase en mis manos
manejo de musgo seco,
que en vagas ondulaciones
flotaba a merced del viento!

Y a la verdad no era mucho
que el sol oyera tu ruego;
porque nunca le engañaste
para mostrarte severo:
y, a pesar de tus engaños,
yo te adoraba en extremo.

Y aún te adoro, parda niebla,
porque excitas en mi pecho
memorias de bellos días
y purísimos recuerdos;
porque hay hadas invisibles
en el vapor de tu seno,
y porque en ti siempre hallé
blando solaz a mi duelo.

¡Ay del que pasó la infancia
a sus ilusiones muerto!
¡Ay de la flor que fragancia

consume y pura elegancia
en apartado desierto!

¡Ay del corazón de niño
que se abrió sin vacilar,
sin reserva y sin aliño,
pidiendo al mundo cariño,
y no lo pudo encontrar!

Niebla que fuiste mi amor
y de mi infantil desvelo
amparo consolador,
que sola bajo el cielo
comprendías mi dolor;

¡Qué mucho que yo te amara,
yo, desterrado del mundo,
que en ti perdido vagara,
y a ti sola confiara
mi desamparo profundo!

Tú a mi espíritu algún día
dabas tus húmedas alas,
y, demente de alegría,
el vago viento corría
descomponiendo tus galas.

Cuando, en el llano tendida,
los contornos de los montes
ocultabas atrevida,
fingiendo en los horizontes
vaga mar desconocida;

y de la verde montaña,
que asomaba la cabeza
con altiva gentileza,
isla formabas extraña
de delicada belleza:

bogaba la fantasía
por tu misterioso mar,
y en su ignorancia creía
la virgen isla lugar
de ventura y alegría.

Y crédula soñaba

puerto en la vida seguro,
y desde allí imaginaba
un porvenir que llegaba
sereno, radiante y puro.

En tu piélagos tal vez
de gótica catedral
la fábrica colosal
flotaba con altivez,
fortaleza feudal.

Y el ánima embebecida
en entrambas se fijaba.
Y ya la veleta erguida,
ya la almena esclarecida
solitaria acompañaba.

Que en los mares de ella edad
no flotan, no, de otra suerte
mundana pompa y beldad,
hasta que en la oscuridad
relumbra el sol de la muerte.

Todo confuso y borrado
en tu seno aparecía,
vaporoso y nacarado
y en celajes mil velado
como luna en noche umbría.

Y la mente virginal
que sólo a ver alcanzaba
las rosas en el zarzal
y otros vientos no soñaba
que la brisa matinal;

Tus enigmas resolvía
a favor de la inocencia,
y calma tan sólo veía,
y solamente escondía
amor sin fin y creencia.

Que hay una edad placentera
de vistosos arreboles,
pura como azul esfera,
de espléndida primavera
y mágicos tornasoles.

En que se goza el dichoso
porque en la dicha confía,
en que se goza el lloroso
viendo fanal luminoso
allá en el bruma sombría.

De pura nieve y carmín
formada está el alma nueva:
no es mucho, pues, que se atreva
con el destino, y que beba
en las copas del festín.

Vaga niebla sin color,
no es mucho que vea en ti
serenas noches de amor,
labios de ardiente rubí
y verdes prados en flor.

No es mucho; porque ilusiones
de tan vistoso jaéz
pasan tan sólo una vez
para velar sus blasones
en perpetua lobreguez.

Su blanca luz placentera
brilla un instante no más,
y en la amorosa carrera
de juventud hechicera
no vuelve a lucir jamás.

Niebla, ya no puedo ver
en tu misteriosos espejo
los vergeles del placer,
que el corazón está viejo
de quebranto y padecer.

Pasó mi infancia muy triste,
más pasa mi juventud;
que entonces tú me acogiste,
y hoy mi ventura consiste
en la paz del ataúd.

Mas, ya que has sido mi amor,
envuélveme con tu velo,
dame sombras y consuelo,

que tú sola mi dolor
has comprendido en el suelo.

EL SIL

Río de las ondas claras
y las arenas de oro,
que en los remansos te paras,
y de sus sombras amparas
tu codiciado tesoro;

Yo, que mi frente infantil
miraba en ti reflejar,
sin que su terso marfil
pudiera el ardor febril
de la pasión empañar;

¿Por qué no escucho un acento
de los días de mi infancia
en tu raudal violento?
¿Por qué pasas turbulento
con tu espuma y tu arrogancia?

¿Desdeñarán tus cristales
ser espejo de tristeza,
cual si pudieran mortales
de mi frente las señales
ir a empañar tu pureza?

Los días de tu cariño
fueron y de mi consuelo,
cuando, bullicioso niño,
vía por ti sin aliño
volar las nubes del cielo.

¡Oh quién pudiera volver
a tan rosadas auroras!
¡Quién pudiera detener
el huracán de las horas
que llevaron mi placer!

¿Quién volverá al alma mía
los perdidos pensamientos
con que tus ondas seguía,

y allí los desvanecía
pesarosos o contentos?

Y aquel acento sin fin
con que tu blando murmullo
halagaba en tu confín
de la tórtola el arrullo
y el cantar del colorín;

Y la voz ronca y sonora
con que al pasar saludabas,
con que triste lamentabas
murallas que son ahora
de la torpe yedra esclavas;

¿Do están, río cristalino,
que las perdió el corazón?
¿Fue su encanto peregrino,
fue su prestigio divino,
calenturienta ilusión?

Cruzan tusa aguas mis ojos
hoy solitarios y oscuros,
y no encuentran sus enojos,
ni los helados despojos
de aquellos sueños tan puros.

¿Será que en la mente sólo
moran ventura y pesar,
y que el mundo es un lugar
de mentiras y de dolo,
que disipa el despertar?

Que tus aguas corren hoy
como corrían ayer;
sólo mudado estoy,
porque los pasos que doy,
son pasos hacia el no ser.

Temerarios pensamientos
cruzan en mi frente marchita,
y en dudosos sentimientos
trémula el alma se agita,
cual nave en contrarios vientos.

Esas aguas que llevaron

con mi niñez mi ventura,
¿En dónde, río, pararon?
¿Quizá las abandonaron
en el mar de la amargura?

Cuando fié mi esperanza
de tus frágiles arenas,
soñaba sólo bonanza,
paz y bienaventuranza
en tus orillas amenas.

Pero tormenta furiosa
tus márgenes ensanchó,
y mugiendo cenagosa,
tus arenas arrastró
con mi dicha candorosa.

Que luego joven y triste
por tus orillas busqué
la paz que dejar me viste,
y á encontrarla no alcancé,
y sólo en la mente existe.

Y sin embargo es hermoso
cabe tus aguas soñar,
y el paisaje deleitoso
de un pasado venturoso
en tus cristales mirar.

Es hermoso, claro río,
amontonar las quimeras
sobre tus ondas ligeras,
junto a ese alcázar sombrío,
que descuella en tus riberas.

Que si a tientas caminamos
por las nieblas del vivir,
y cuanto más avanzamos,
otro tanto recelamos
del oscuro porvenir,

no es mucho que inquieta el alma
vuelva a mirar lo que fue,
y llore si yerto pie
huella la pasada clama
y de la infancia la fe.

¿La ilusión es la verdad?
¿O es la verdad ilusión?
¿Es la ciencia vanidad?
¿Es la gloria soledad
del humano corazón?

Las dudas ¡ay! Atormentan,
el ánimo combatida,
la turban y la amedrantan,
y las flores ahuyentan
del sendero de la vida.

Un tiempo descollaron en tu orilla
altas memorias de gigantes hombres,
resplandecientes armas sin mancilla,
nombrados hechos, y gloriosos nombres.

En ti el romano, vencedor del mundo,
llevó a beber sus miserables siervos:
tú consolabas su dolor profundo
delante de los déspotas protervos.

Y tú, al pulir el oro del romano
que mercenarias manos le labraban,
viste cómo los ojos del tirano
con la codicia vil centelleaban.

Tú sumidos los viste en torpe mengua,
bien así como impúdicas mujeres,
mover tan sólo la cobarde lengua
para cantar sus lúbricos placeres.

Tú miraste la bárbara cuchilla
sus crímenes lavar con sangre roja,
y caer los tiranos en tu orilla,
como en otoño macilenta hoja.

Viste después en la vecina altura
flotar al viento el pabellón templario,
y su alcázar de gótica estructura
retratarse en tu espejo solitario.

Sus nobles y cumplidos caballeros
cantaban en tu margen cristalina
las empresas y honor de sus aceros,

el sepulcro de Dios, la Palestina.

Magnánimos, de lustre esclarecido,
con tantas prendas de memoria eterna,
¿cómo ¡Ay Dios! sus blasones han caído
en pedazos al pié de su poterna?

Ellos tan valerosos y alentados,
ellos tan grandes, de ánimos tan nobles,
¡yacen bajo la yedra sepultados!
¡Allí descansan lúgubres e inmoles!

Pasaron los romanos desafueros,
pasaron sus impuras bacanales,
pasaron los templarios caballeros
con sus lucientes armas y señales:

Y de los dos la infancia fue segura,
la juventud de entrambos rica y fuerte:
y ambos cruzaron como sombra oscura
los silenciosos campos de la muerte.

Y tú, río, llevaste sus blasones,
bien como gentil infancia mía,
bien como llevarás las ilusiones
de mi caduca frente en algún día.

Ya que perdí mis dichas infantiles,
tráeme, río, de entonces una flor,
una flor nada más de sus pensiles,
en cuyo cáliz vierta mi dolor!

Gentil y vistosa infancia,
delicado y puro sueño,
flor que un cáliz de fragancia,
ufana con tu elegancia,
viertes en valle risueño;

Pues por mi mal te perdí,
ven en mi mente á sosegar:
recuerda que niño fui;
que entonces no conocí
las tinieblas del pesar.

Tú eres para mí el amor,
un amor triste y perdido,

blando y lejano sonido,
que lleva un viento traidor
al desierto del olvido.

Por la noche y a la luna
cruzan blancas tus memorias
las aguas de la laguna,
como encantadas historias,
como prendas de fortuna.

Y el alma vaga con ellas
abandonada y dichosa,
olvidando sus querellas
a la luz de las estrellas
vacilante y misteriosa.

Y entonces me creo niño,
y sueño blanca mi frente
como la piel de un armiño,
y soy hermoso, inocente,
el hijo de tu cariño.

LA PALMA DEL DESIERTO

Palma divina, reina del desierto,
emblema de esperanzas y de gloria,
de solitaria fe tranquilo puerto,
consuelo celestial de mi memoria,

¿Por qué crecer en esa mar de arena
bajo ese sol que quema tu follaje?
¿Por qué a la orilla de otra mar serena
no das al aura tu feliz plumaje?

Di: ¿en ese suelo que arrebató el viento,
que el sol calcina y en pavesas torna
eres de un pasado monumento
postrera flor que en su sepulcro adorna?

Tal vez en esos llanos silenciosos
crecieron juncos y pajizas cañas,
mecidos por los vientos cariñosos
al pie de las altísimas montañas.

Tal vez sus pueblos de tostada frente,
al tornar victoriosas de otros climas,
los campos de la patria florecientes
con alborozo vieron de su cimas.

Tal vez sus hembras, sueltos los cabellos,
al son de los panderos y atabales
danzaron de la luna a los destellos
en las noches de mayo celestiales.

¡Todo pasó! Bellezas y victoria
se llevaron las aguas de la muerte;
¡todo pasó! Las hojas de la historia
no nos dirán su tenebrosa muerte.

Las aguas junto a ti se deslizaron,
las ondas respetaron su cabeza,
y las aves de paso en ti cantaron
las eclipsadas pompas y grandeza.

Mas los días volaban tras los días,
los años empujaban a los años,
y cual sombras de paz sentarse vías
a tu pie los primeros ermitaños.

Tú escuchaste sus puras oraciones,
tú su meditación errante viste,
los ángeles quizá de sus visiones
en tus ramas sonoras acogiste.

¿Dónde paró su religión hermosa?
¿Cómo su cuerpo sepultó la arena?
Hoy no descubre solitaria losa
donde su vida se apagó serena.

Hoy cruza con su rápido caballo
el árabe las triste soledades,
soñando los perfumes del serrallo
y el mercenario amor de sus beldades.

¡Ay! De mi vida en la primera aurora
yo le envidié sus dichas pasajeras,
y el alma las buscaba abrasadora
en el desierto al pie de las palmeras.

Yo también animoso peregrino

a tu sombra algún día me he ocultado,
mas al llegar al fin de mi camino,
sin esperanzas, ¡ay!, caí cansado.

¡Todo pasó! Como en tus hojas bellas
sopló en mí el huracán de los desiertos,
y pálidas relucen las estrellas
para alumbrar mis devaneos yertos.

Mas, tal vez en las noches de tristeza,
en que resbalan lánguidas las horas,
un perfume de amor y belleza
se exhala de tus ramas bienhechoras,

y entonces, entre mágicos celajes,
pasan las ilusiones de oriente,
perlas, aromas, recamados trajes,
lances, cantares, bulliciosas fuentes;

pasan las odaliscas del serrallo
con abanicos de vistosas plumas,
de su frente el pesar por ocultarlo
velado en chales de árabes espumas;

góndolas en estanques transparentes
con ricos pabellones misteriosos,
trovas de amor cansadas, fallecientes,
besos en ellas dulces y sabrosos.

Más allá la luna sobre el puerto
adurmiendo la mar en la ribera.
Y arde entonces la mente embriagada
con tantas ilusiones que fascinan;
arde como la bóveda azulada
donde las estrellas sin número dominan.

Y lánzase en las alas del deseo
a buscar en los vientos nuevos goces,
y escucha en su liviano devaneo
las alas de los ángeles veloces.

Y otros pensiles en las nubes mira,
y otros palacios mira en las montañas;
vagabunda y frenética delira
en torno de visiones tan extrañas.

Allí el amor, la luz y las mujeres,
allí los bosques, flores y jardines,
los aromas, los vinos, los placeres,
banquetes, algazaras y festines;

allí la relumbrante cimitarra
con puño de oro y rutilante acero,
allí las rosas en dorada jarra
al pie del humeante pebetero;

y más allá los plateados ríos
con coronas de mirto y azucenas,
corriendo al pie de alcázares sombríos
y besando sus márgenes serenas.

Y luego eunucos, guardias y soldados,
turbantes, yataganes, pedrerías,
esclavos en las aguas inclinados
llorando allí la mengua de sus días.

Y luego sueños, frenesí, demencia
y esperanzas sin cuento ni medida,
y en tanta esplendidez, paz, inocencia,
como fuente purísima, la vida.

Y al fin un cielo azul, vago, infinito,
de formas mil bellísimas poblado,
patria que adora el infeliz poscrito,
en luces y armonías levantado.

¡Soñar! ¡Soñar! ¡Morir al fin en sueños!,
desvanecer la vida entre celajes,
pasar entre los seres halagüeños
que pueblan sus fantásticos paisajes.

¡Eso es vivir! ¡Vivir entre placeres!
¡Esa es la vida verdadera y pura,
deslizada entre angélicas mujeres,
en sueños de virtud y de ventura!

Mas, ¿de qué sirve soñar
si el despertar viene luego?
¿De qué sirve amontonar
tantas visiones de fuego
que el dolor ha de apagar?

Dilo tú, palma divina,
tú que viste a mi esperanza,
pura rosa purpurina,
buscar puerto de bonanza
en tu sombra peregrina.

¿Qué me quedó, árbol hermoso,
de tanta gloria y pasión
de aquel bien tan presuroso,
doliente meditación,
a tu sombra de reposo?

¡Meditación del desierto
cabe la palma agosta!
¡Meditación bienhadada,
qué pacífico es tu puesto
para un alma apesurada!

Por los páramos errar
y al ángel de la oración
decirle nuestro pesar,
tener solitario altar
solitaria religión;

llorar en las soledades
las ilusiones perdidas
en populares ciudades
a los pies de las beldades
ufanas y envanecidas;

y luego la vista alzar
hasta el azul de los cielos,
y el ánimo levantar
libre de corpóreos velos,
libre de llanto y penar.

¡Oh, Dios mío! En el desierto
solamente el corazón
a tanta dicha está abierto,
sólo allí brota encubierto
manantial de bendición,

sólo embebecida el alma
tal vez en la noche sueña
cabe la desierta palma
mágica voz halagüeña

rica en suavidad y calma.

Y es la voz del serafín
que vio humilde anacoreta
la voz que anuncia al poeta
esperanzas a su fin
de paz eterna y completa.

Yo que cantor he nacido
y entre tinieblas canté,
yo que mi amor he perdido,
que solitario he vivido
con mi dolor y mi fe,

busca la palma hechicera
para templar mis pesares,
y al viento dar los cantares
que oyó la verde pradera
de mis pacíficos lares,

busco el ángel cariñoso
que entre sus ramas habita,
melancólico y hermoso,
y en las horas del reposo
las blancas alas agita.

Que entonces son esperanza
las tinieblas de la suerte,
y el corazón allí alcanza
luz y buenaventuranza
en las sombras de la muerte.

UN DÍA DE SOLEDAD

L'esprit de la priere et de la solitude
qui plane sur les mots, les torrents et les bois,
dans ce qu'aux yeux mortels la terre a de plus rude
appelá de tout temps des ames de son choix.
-LAMARTINE

Hay una voz dulcísima, inefable,
de tierno encanto y apacible nombre,
alada, pura, mística, adorable,
música eterna al corazón del hombre.

Es soledad su nombre acá en la tierra;
mas bendición los cielos la apellidan:
un misterio sin fin allí se encierra,
y a su festín los ángeles convidan.

En alas de un espíritu divino
el alma vagarosa se levanta,
hiende el éter azul y cristalino,
y envuelve en nubes su ardorosa planta.

Y cuando acababa triste, acongojada,
su peregrinación de luz y gloria,
cuando llega hasta el suelo quebrantada,
pobre en ventura, espléndida en memoria;

Entonces mira en rutilante espejo
reflejarse de Dios la omnipotencia,
y, de la gloria pálido bosquejo,
estremecerse el mundo a su presencia.

Y el sol, esplendoroso mensajero,
los prados matizar de bellas flores,
cual esclavo rendido y placentero
que prepara el festín de su señores.

Ve al céfiro mecer las arboledas
en homenaje al Rey del firmamento,
y cual pendones de flotantes sedas
ondear sonoras en el viento.

Hombre es ya el alma que ángel se miraba,
ser formado de muerte y esperanza.
Nave rota la quilla y en mar brava,
de dudas y de fe triste balanza.

Y con todo, la luz y la armonía,
las aguas y los bosques y collados,
los himnos de tristeza ó de alegría,
los árboles sombríos y apiñados,

Vuelven la paz al conturbado pecho,
apagan el volcán de las pasiones:
duérmese el alma, cual en blando lecho
tímida virgen llena de ilusiones.

Sí; porque un eco a nuestra voz responde,
cual la bóveda santa a las plegarias,
y un ángel Dios en cada gruta esconde
para oír nuestras quejas solitarias.

¡Oh! ¿por qué el genio triste y abatido
cuya cabeza abraza un pensamiento,
y que le ve marchito, escarnecido,
rodar de la ciudad el pavimento;

Por qué, Dios mío, busca en la amargura,
lejos del mundo, asilo y esperanza?
¿Por qué corre a ocultarse en la espesura,
cual ciervo herido de enemiga lanza?

Nuestro espíritu es obra de tus manos,
infinito cual tú, señor del mundo;
y todo el esplendor de los humanos
no llenará vacío tan profundo.

Para escuchar tu voz consoladora
el ser contemplador deje los hombres,
que vanidad ridícula devora
y mueren por las letras de sus nombres.

Tú pueblas de visiones apacibles
la dulce soledad, inmenso templo,
formas aéreas, suaves, bonacibles,
de tu poder y tu bondad ejemplo.

Por eso en los suspiros de las ramas
suena la voz de un padre cariñosa,
y el alma de un amigo en dulces llamas
arde tal vez en nube silenciosa.

Por eso mira el enlutado amante
allá a los lejos entre parda bruma
flotar la vírgen que perdió distante,
cual en mar borrascosa blanca espuma.

¡Oh Dios! ¿qué explica el delicioso llanto,
la dulce turbación que agita el alma,
bálsamo de amargura y de quebranto,
brisa templada en la profunda calma?

¿Es precursora de la paz divina,

la paz que goza el alma solitaria?
Y ese fanal de amor que la ilumina
¿Es de tu gloria santa luminaria?

¡Oh Dios! ¡una morada en el desierto,
un pájaro que cante tu alabanza,
con una flor sobre el peñasco yerto
meciéndose, cual nave en la bonanza!

¿Para qué más riquezas ni ventura?
¿para qué vanidades pasajeras?
¿De qué sirven amores ni hermosura,
las palmas de la gloria lisonjeras?

¡Ay! Nuestro corazón es un abismo
y cegarlos con flores un delirio:
es el hombre verdugo de si mismo
y por mentida fe sufre martirio,

Buscad la paz orilla de los mares,
pedídsela a la bóveda estrellada,
buscadla en las ruinas y lugares
que recuerden los tiempos y la nada.

Que delante de Dios y lo infinito
truenen la voz la verdad sonora;
y cruza el alma, mísero proscrito,
un golfo hacia su patria encantadora.